

Notas

LA ACADEMIA BOLIVARIANA

El doctor José Mejía y Mejía, ex-alumno fundador de la U.C.B., y distinguido intelectual, dirigió al Rector la siguiente carta:

Medellín, julio 3 de 1943.

Fresbitero doctor Félix Henao Botero, Rector de la Universidad Católica Bolivariana.

Clarísimo Rector:

Estimo que similar a la Academia de estudios teológicos Santo Tomás de Aquino, que con tanto fulgor y excelencias lucubradoras funciona en nuestro claustro católico, debiera crearse un centro de estudios con el nombre de Simón Bolívar, otro de los patrones ecuménicos de la fundación docente que usted conduce hoy con tan frutecidas victorias para la cultura cristiana de Antioquia y de Colombia.

Es preciso, con urgencia inaplazable, doctor Henao Botero, rescatar al Padre de la Patria de esa concepción rousseauiana, enciclopedista, jacobina y masónica que le endilgan algunos de sus más opacos y ladinos exégetas. Hay que restaurar al Libertador de esa noción anti-religiosa, volteriana y galicada que divulgan algunas inteligencias pestilentes, bohemias y trasnochadas, que llevan todavía puesta en el cerebro, a manera de pelucas contra su calvicie espiritual, los sacratísimos y huerísimos principios del 89. Debemos limpiar la imagen de don Simón Bolívar de toda esa pátina, de toda esa herrumbre y de todos esos óxidos de cierta literatura de logia, de conventículo ateo y de peña de café anticlerical y librepensadora, con la que se lo ha embalsamado en cien años de crucifixión bibliográfica.

Nuestra Universidad está obligada a este rescate, porque el apellido de bolivariana que la exalta no es un simple rótulo patriotero y tropical, sino un contenido, una esencia y una substancia doctrinarias que la vitalizan como una savia.

‘El nombre mismo de la Universidad, —aclaraba uno de los más altos exponentes intelectuales de nuestro claustro— muestra que ella está tocada de eternidad y tradición. El catolicismo es la expresión más viva de lo eterno que en el hombre existe. En su seno acoge todos los tiempos como inmenso fanal que alumbrara las distin-

tas caras de una nave en movimiento, pero segura de su destino. El amparo de Bolívar, por otra parte, garantiza su posición para el porvenir: la hace histórica. Le recordará a cada instante que la grandeza de los pueblos no se obtiene borrando tercamente la efigie de los abuelos. Pero Bolívar no sólo servirá para situarla en el tiempo; su espíritu eminentemente realista la ubicará igualmente en el espacio. Jamás olvidará la Universidad que actúa en Colombia y con nuestros ingredientes anímicos. No querrá someterse ciertamente a la inercia de nuestro desarrollo espiritual; procurará acelerarlo contradiciendo lo viciado, mas sin perder de vista que su misión se cumple en un medio al que son extraños muchos de los problemas que se agitan en países senescentes. En una y otra forma, con la Iglesia Ecuménica y con la memoria del Libertador trabajaremos a la vez para el tiempo y la eternidad”.

En la densa y radial oración de estudios de 1942, pronunciada por usted, doctor Henao Botero, encuentro también estas reflexiones superiores:

“Estamos cambiando el derecho por la fuerza, la libertad por el acomodo, el honor por el plato de lentejas, la patria con sus virtudes y sus próceres por espejuelos esnobistas. Falta espíritu de patria en la patria; las nobles tradiciones de la cultura yacen a menudo en los anaqueles como bellas reliquias: el estudio sobre Bolívar y su derecho internacional y constitucional, su concepción cristiana de la persona humana merecen cátedras permanentes y obligatorias en todas las escuelas profesionales. Nos falta amor a lo latino, a lo griego, a lo romano, a lo español, a lo CATOLICO, al alma de los próceres. Se desdibujan nuestros próceres ante la avalancha de héroes de pantalla y de brutales pugilistas. La juventud se emociona hasta lo increíble por las fichas que mueven el tablero en otros mapas, mientras es lánquida su apreciación sobre los programas del Libertador, hoy más actuales que nunca, y desmedrados los conocimientos acerca de la Divina persona y de las siempre actuales verdades del único Maestro, Jesucristo”.

Inúmeras y eminentísimas son las razones que pudiera aducir, doctor Henao Botero, con argumentos propios y extraños, para que hoy exista en la Universidad Católica una academia viva o un centro de estudios permanente que escudriñe, que investigue y, sobre todo, que vigile insomne la estampa doctrinaria del Libertador.

Sinceramente, en Cristo y en Bolívar,

José Mejía y Mejía.

Contestó el señor Rector:

Medellín, julio 7 de 1943.

Señor don José Mejía y Mejía.—“El Colombiano”.—Presente.

Estimado amigo:

Su carta tiene la actualidad de las cosas reales. Una Academia Bolivariana en esta Universidad nuestra, estará como la flor en su tallo y la chispa en la hoguera.

Bolívar el guerrero, el libertador, el estadista, el constitucionalista, el vidente,

es cada día más desconocido por la juventud a medida que el cine, la prensa, el radio, le están creando a los jóvenes, héroes que hoy son y mañana desaparecen, al propio tiempo que las enseñanzas del Padre de cinco naciones y del derecho americano languidece.

Es preciso que Colombia reincorpore el pensamiento del Libertador en sus orientaciones nacionales e internacionales. Da tristeza conocer algunos consulados nuestros, los cuales, ni tienen la efigie de Bolívar, ni conocen su doctrina, ni propagan sus principios, ni ostentan una bibliografía siquiera para los connacionales. Nuestra diplomacia ha sido tímida generalmente en su bolivarianismo y este defecto es capital. Los peruanos, los argentinos, los mejicanos, propagan más sus glorias nacionales que nosotros y tienen mejor sistema de propaganda y mejor "mística" en sus fines. Los que hemos viajado bastante por diversas naciones y continentes nos encontramos con un Libertador divinizado por unos, desvirtuado por otros, desconocido por muchos. Y en Colombia causa amargura el espectáculo de copiosísimas juventudes que conocen más los héroes de ultramar que a nuestros próceres y serían capaces de dar la vida por un pensamiento de dichos héroes aun cuando esté en el polo opuesto al de Bolívar.

Fundar una academia "Don Simón Bolívar" es urgente y preciso, pero hay que caminar sin desmayo porque en estas lides las dificultades son graves, los entusiasmos son tropicales en no pocos y los que perseveran son los escogidos. ¿Quiere traerme cinco socios que sirvan, lean, estudien y perseveren y nosotros haremos el resto?

Su amigo afectísimo,

P. Félix Henao Botero.

Dijo "El Pueblo":

Desde las columnas de nuestro colega "El Colombiano" insinúa uno de sus comentaristas más acreditados la creación en la Universidad Católica Bolivariana de una cátedra que, a la par de la que hoy existe para explicar y difundir el pensamiento de Santo Tomás de Aquino, persiga el adecuado conocimiento de los ideales del Libertador, bajo cuyo patrocinio se encuentra colocado el eminente instituto. Oportuna y noble iniciativa que estamos seguros será acogida por el señor Rector con el entusiasmo que en él despertan todos los propósitos que se desposan con el bienestar de la República y con la atinada formación espiritual de las generaciones, y mayormente cuando ellos se levantan sobre una necesidad visible de los tiempos, sobre una de aquellas exigencias ineludibles de la época. Y es que nada ha sido tan perturbado por historiadores de ocasión y por hermeneutas parcializados como el alcance exacto del pensamiento bolivariano. Con la decadencia por las elevadas manifestaciones del patriotismo, con la dejadez para el aprecio de los valores tradicionales del país, ha sobrevenido un manifiesto desvío por cuanto entraña restau-

ración de los grandes capítulos de nuestra actividad en lo intelectual y en lo político.

Del Libertador sólo se exaltan de tarde en tarde, las afirmaciones heroicas de su jornada en lo que ella traduce denuedo campal, vencimiento de los obstáculos físicos, imperiosa capacidad para la victoria militar. El Bolívar castrense es el único que apunta a medias en la conciencia de las juventudes, pero ese afecto por el héroe no va acompañado del conocimiento fiel de sus pensamientos gubernativos, de sus anhelos por la orientación política del porvenir, de sus programas en lo referente a la vida internacional y al papel que la Gran Colombia debía desempeñar en el concierto del universo. Tal vez la reconocida pequeñez de los hombres contemporáneos y la espontánea aceptación de su propia ineptitud para pregonar y poner en práctica pensamientos de tanta elevación y contenido, hayan sido parte a este ocaso intolerable de los ideales bolivarianos. Teorías que hoy se proclaman como nuevas, doctrinas de sentido internacional que hoy corren con foráneos atavios, palpitan en las cláusulas del Libertador y recibieron de su genio el aliento y la emoción. Desde el mensaje de Angostura, pasando por la carta de Jamaica para llegar a la constitución de Bolivia, hay toda una escala de propósitos políticos que necesitan de una constante dilucidación, realizada, no sólo con criterio de adhesión sentimental, sino con noble capacidad crítica, adelantando comparaciones necesarias, estableciendo su grado de aplicación, depurando lo que la experiencia muestre como fruto de las circunstancias y de los tiempos en que el Héroe discurrió, y asentando lo perdurable y constante de su norte gubernativo.

Desde luego que una cátedra sobre Bolívar para llegar a cobrar los perfiles de un verdadero magisterio ha de arropar por la fuerza complejos aspectos de su personalidad, que no puede concretarse únicamente a lo que forjó en el orden político y constitucional. El marco histórico que circuye su esfuerzo necesita de aquilatación, sostenida; el influjo de la cultura europea y de la revolución de independencia de Norteamérica, pide análisis muy seguro; lo que pudiera llamarse la sociología de América a través del pensamiento del caudillo, es tema apasionante como ninguno, porque sin ella sería imposible entender los afanes de su inteligencia, como sería inexplicable asistir a sus grandes decepciones, a sus inter-sas amargas. Su misma categoría de genio está demostrando la trascendencia de un curso que cobije todos los matices de su pensamiento y de su acción, pues reclama dotes no comunes, conocimientos muy prolijos de sustanciales aspectos de la vida de América, buceos muy diestros en el espíritu de la época y en los primeros vagidos de la afirmación política en nuestra Patria, para no presentar una interpretación reducida o desvirtuada de la variedad de su inteligencia y de los sorprendentes matices de su esfuerzo. La Universidad Católica Bolivariana es, sin duda alguna, el claustro que puede ofrecernos, con amor y con brillo, una cátedra sobre el Libertador que despierte dormidos estímulos y que robustezca, al calor de sus ideas, el afecto inextinguible a las tradiciones más puras de Colombia.

SOBRE LA CONFERENCIA DEL MAESTRO MAYA

Con ocasión de su visita a Medellín, el Maestro Rafael Maya dictó en esta Universidad una magnífica conferencia sobre el estilo. En tal oportunidad el doctor Abel Naranjo Villegas dijo:

Rafael Maya es un nombre familiar en estos claustros fortalecidos en la misma sangre de su espíritu. Para nosotros no sólo está su voz en la espiga del canto, cumpliendo su designio de monarca en la poesía americana, sino también en el magisterio clásico, orientando las inteligencias hacia el logro de su plenitud esencial. Su advenimiento hasta nosotros tiene un alborozo espiritual de jerarquía y parentesco, porque él sabe que estas instituciones de la catolicidad no rigen los destinos solamente los que están presentes a la diaria faena, sino todos aquellos que por la calidad de su alma y la dedicación total a los afanes de la mente han llegado a rectorizar la conciencia de un pueblo.

Maestro en muchas disciplinas, él está encarnando ahora la alta cifra de la tradición clásica que hizo grande a nuestro pueblo, porque si lo clásico representa la conjunción de todos los valores humanos en la categoría del ser, el Maestro Maya ha sabido incorporar a su estilo toda la substancia que trasciende de la realidad ontológica y de las cosas y sólo en instancia subalterna ha mirado hacia el valor que no es el centro de gravedad sino la determinación del ser, así como el adjetivo es apenas un elemento que modifica la dirección del sustantivo.

El inmanentismo de muchos clásicos antiguos está así superado egregiamente por la trascendencia en este varón que lleva su designio poético hasta la elucubración metafísica y desde allí desciende, armado de todas sus virtudes, para transmitir a los hombres la verdad de las cosas. Por eso cumple a cabalidad la traslúcida sentencia de Renán: "el estilo es la idea" en el hondo y escueto sentido de su expresión.

Para la cultura católica es singular el caso de un hombre que ha madurado su mente en todas las latitudes y climas del alma, recorriendo la pista de todas las emociones, para llegar a expresar los problemas más llenos de misterio con la certidumbre de un filósofo y fiel al precepto latino: "prima vertus perspicuitas". Su arte, evadido de toda clasificación ambiente y transitoria, pertenece por derecho propio al mundo de la estética, al de la filosofía, al de la ética y al vital. Su crítica literaria representa siempre una tesis trascendente, con validez objetiva, y no al entusiasta subjetivismo del elogio o el vituperio que tienen su raíz en el gusto fisiológico.

Estas cualidades le han dado a Rafael Maya la permeabilidad con su pueblo, solidario con su destino por el flanco de humanidad que lo circunda. Cuando pudiera mantenerse alerta, semejante a un alto promontorio mental, él prefiere descender hasta el alma de sus contemporáneos para transmitirles el escorzo de su vuelo, enseñando a las juventudes colombianas todo el misterio de su sabiduría. Si

como poeta, profeta originariamente, debe mantener medianería con la divinidad, sabe que ese don le viene por ser hombre, circunscrito existencialmente a nuestra condición de criaturas en perpetua acechanza.

En los momentos en que avanza la manigua tropical sobre la cultura de los colombianos, siempre se han suscitado varones de esta estirpe sagrada que señalar, a las inteligencias los frentes de batalla.

Hacia ellos quiere moverse esta Universidad Católica Boliviana y os escucha atenta, joven y glorioso maestro!



DON FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN.

Con la publicación de sus famosos comentarios al Quijote de la Mancha inició don Francisco Rodríguez Marín una era afortunada en el entendimiento de la obra príncipe de las letras castellanas, pues con ellos expiraron muchas de las interpretaciones, imaginarias unas, exageradas otras y equivocadas las más, acerca del pensamiento de Cervantes. El séquito de los "cervantófilos", es decir, de los que sin más impulso que el que brotaba de una ciega idolatría por la figura del soldado lepartino se entregaban a bordar las más extremas consejas y noticias acerca de los alcances de la obra y de su propia significación en el medio hispano, pasó a mejor vida en cuanto este abogado de Osuna, con decisión infatigable, con abnegación que vence todo encarecimiento, se entregó a puntualizar cada uno de los aspectos del Quijote. De aquí arrancó su fama, aunque sus quehaceres de investigador victorioso en los archivos del alma castellana, de compilador floreciente de populares decires, de escudriñador de vidas ignoradas pero no por ello menos ilustres en el campo de las afirmaciones literarias, lo mostraran desde temprano como una de las inteligencias más sagaces, despiertas y lozanas de los modernos tiempos españoles.

La jurisprudencia no lo tentó sino en sus primeros años, y en cuento sintió bien depurada la vocación literaria, a ella se entregó para cotejarla con singular desvelo. Verdadera enciclopedia viviente, el señor Rodríguez Marín, que sucedió a Menéndez y Pelayo en la dirección de la Real Biblioteca de Madrid, era el índice cierto para el camino de las mejores investigaciones. Pero ni su devoción ardorosa a este linaje de trabajos, ni su erudición sorprendente, ni la suma de los años fueron poderosas a robarle la frescura del entendimiento y la lozanía del estilo. La vena cómica, tan castiza y regocijada y de tan clara tradición en los anales de su pueblo, que la mostró caudalosa y alborotada en los autores de la novela pícara y en los donaires y crudezas del señor de la Torre de Juan Abad, prorrumplía vigorosa en este juvenil anciano, al que no podemos imaginar sino sonriente y socarrón, como se le advierte en no pocos de sus comentarios al libro de Cervantes. Imposible en una nota de tanta

Notas.

fugacidad como la presente hacer un escrutinio de sus muchos trabajos, pues fue fecundo escritor y en todos los campos destelló por la nobleza de la dicción, por el fondo humano de las preocupaciones, por el amor profundo a los grandes hechos de su gente. Como director de la Real Academia Española, a la que ingresó en 1908, realizó obra inmensa en el estudio de graves materias idiomáticas, y cumplió una tarea que sólo ahora irá a ser entendida en todos sus alcances y en toda la nobleza de su significado.

La muerte acaba de atajar los pasos en Madrid a este ejemplar varón de las letras españolas, cifra de eruditos, almacén de curiosas noticias, paremiólogo insigne, restaurador de olvidadas glorias de su casta y de su tierra, cuya fama vivirá tanto como los comentarios que escribió, para deleite de las inteligencias y para enseñanza de las generaciones, en el libro que desde su nacimiento adquirió por propio derecho los atributos de la inmortalidad.

M. M. G.

POR LA PUREZA DEL HABLA

Rafael Guizado, sujeto de mucho seso en no pocos aspectos de la cultura, expuso en las columnas de "El Liberal", de Bogotá, una cuestión de gran momento para el porvenir espiritual de las naciones americanas de habla española, cual es la referente a la perversión de nuestro léxico, que soporta la invasión innecesaria y demerente de vocablos y modismos del inglés. Esta tendencia a la corrupción idiomática con no ser nueva, con haber mostrado tantas aguas y matices en todas las épocas, es problema que apasiona a quienes miran en la lengua uno de los grandes vínculos espirituales de la nación, y uno de los más vigorosos sustentos de la independencia intelectual. Poca importancia se otorga (es como cierta) en estos días de trastornos y confusión, de soez entrega a las manifestaciones positivas del vivir, a temas de tanta entidad como el de la pureza de la lengua, su culto desvelado y su natural resguardo contra el influjo foráneo. Sería preciso una acción combinada de los institutos del saber, de los escritores públicos, de los organismos oficiales y de la sociedad influyente en las costumbres para contener siquiera en parte la acción nociva de prurifos semejantes. El contagio, como es obvio, no procede del mero influjo de películas, escritos, folletos y revistas de habla extraña, sino de la frivolidad creciente de nuestro país, que abandona a grandes pasos las mejores tradiciones de su cultura, para crearse formas artificiales de expresión, en la certeza de que con ello satisface un mandamiento de los nuevos días. El espíritu de cooperación y de buena voluntad, valga el caso, no lo entienden algunos, los más por desdicha, como fórmulas de relación internacional que descansan en la buena fe, en el respeto recíproco, en el her-

manable intercambio de aspiraciones y propósitos, sino como llamamiento a la renuncia de lo propio, por excelso que aparezca, ante lo extranjero, por despreciable que sea.

Cuando el torrente afrancesado aterraba el depósito de nuestra lengua, escritores de España y de América se dieron a la tarea de contener el desbordado manantial. Pero con la política, con las maneras cortesananas, fueron tomando carta de naturaleza vocablos inútiles, que llegaron a derrotar términos castellanos de mayor pujanza expresiva, de más ricos matices y de más fértiles aplicaciones. Hasta tal punto fueron las demasias, que Sbarbi llegó a clamar porque se llevara al código un artículo que sancionara con graves penas a los "prevaricadores del habla". Hoy, cuando arrecia la devastación, nos encontramos, en cambio, en situación desvalida para una campaña victoriosa. Nuestra cultura clásica, cimiento del buen nombre de que aún gozamos en ciertos pueblos, anda de capa caída; el comerciante reemplaza en la dirección del Estado al humanista desvelado de otros días; el tratante de feria goza de mayores preeminencias que el preceptor de severos modales; el cinematógrafo extingue los últimos rescoldos del buen gusto y excita la cursilería de todas las capas sociales; al libro rebosante de doctrina sucede el ensayo efímero e irresponsable; a las bibliotecas en que los mayores encontraban nobles motivos de elevación espiritual, las desalojan el libro de cuentas y las minutas en que se agrupan las cifras de las utilidades monetarias; los concursos literarios fenecen ante el auge de encuentros deportivos, en que prima una torpe terminología bárbara; la escasez de léxico es interpretada por los capitanes de la vida contemporánea como sinónimo de concisión, y las gentes que llaman de la sociedad no se sienten a tono en su papel de refinadoras del gusto colectivo si no invocan sus viajes al París de Francia, al Londres de los ingleses o al Nueva York que todos sabemos. En esas circunstancias será obra de romanos detener el alud, pero no esfuerzo imposible. Ojalá opinaran sobre estas cuestiones, importantes por sus influjos espirituales, tantos escritores como por ahí se duelen de estos infortunios sin mover la pluma por temor, o por pereza y conformidad cómplice. La inquietud que Rafael Guizado busca despertar con sus comentarios, bien merece la pena de ser destacada.

M. M. G.

SOBRE NOMBRES Y APELLIDOS

Al incorporarse a la Academia Colombiana, de la cual es miembro de número, y de cuyas sesiones había estado ausente por importantes quehaceres oficiales, el profesor Luis López de Mesa leyó un interesante estudio acerca de los nombres y apellidos, en que el eminente ciudadano da rienda suelta a su copiosa erudición y allega datos de mucha entidad sobre estas sabrosas materias. Para quienes gustan de

estas disciplinas y hallan solaz en la curiosa investigación de los orígenes de los nombres y de los apellidos, la disertación del señor López de Mesa les ofrece momentos de grato y provechoso esparcimiento, pues su estudio abarca escudriños lingüísticos de la mayor sagacidad, y contiene afirmaciones gramaticales que contribuyen en gran manera a la fijación del criterio en estas provincias del saber.

En lo referente a los apellidos sienta el profesor López de Mesa doctrinas inteligentes, que él busca encubrir con modestia, pero que son orientaciones muy afortunadas que aclaran este confuso panorama y que destellan harta lumbre sobre orígenes remotos. La categoría de accidentes demográficos que tienen los apellidos, al nacer cuando el incremento de la población exige el establecimiento de distinciones para unas y otras personas y cuando ya el simple nombre no alcanza a sentar estas diferencias indispensables, es demostrada por el disertante con buena copia de ejemplos, en que comienza por los apodos o motes con que se distinguían a ciertos individuos, como en Alegre, Bello, Cano, Delgado, Donoso, Franco, Garrido, Hurtado, Lerdo, Moreno, Pinto, Sañudo y Verdejo. Estudia después muchos precedentes de profesión o de oficios, como Abad, Alcaide, Carretero, Colmenares, Escudero, Libreros, Lotero, Sastre, Quintero y Vaquero, que tomamos de una larga lista suficiente a regocijar la inteligencia de quien sienta pasión por estos temas, para seguir con la presentación de aquellos apellidos proporcionados por los animales antiguos, como en Cabrales, Garza, Lobo, Lince, Zorrilla, Osa y Ortega. Los vegetales, la naturaleza material ambiente, los gentilicios, nuestro propio cuerpo, y hasta los nombres propios de personas que han llevado caudalosa contribución a la formación de los apellidos, son manantiales que depura el profesor López de Mesa para darnos una visión grata y erudita en estos nobles capítulos de la inteligencia. Por final avanza en la interpretación de los nombres con su dificultad ya conocida y con la natural confusión que existe para una crítica exacta, y en una palabra, nos deja un estudio que no sólo edifica en el orden del saber sino que deleita grandemente, y no cae de las manos hasta su conclusión.

El doctor López de Mesa ha traído aporte muy valioso en el estudio de estas cuestiones, y su trabajo, que la Academia Colombiana ha publicado a sus expensas y bajo su patrocinio, está llamado a satisfacer la curiosidad erudita y el ansia de conocimientos de los hombres cultos del país.

M. M. G.

LA REALIDAD NACIONAL

Indiscutible es el beneficio que recibe el país con las publicaciones del "Mes Financiero y Económico", revista que aparece en Bogotá bajo la acertada dirección de Plinio Mendoza Neira. Los artículos que allí se publican son de un vivo interés

Notas.

no sólo para aquellas personas vinculadas a la industria y al comercio, sino para todos los colombianos. En la entrega correspondiente al mes de Julio del presente año, hay un artículo suscrito por el doctor Gonzalo Restrepo Jaramillo intitulado "Preparémonos para la otra guerra" y sobre el cual quiero ensayar un breve comentario.

Dice el doctor Restrepo que no debemos llenarnos de optimismo cuando tratamos de analizar los acontecimientos mundiales. Después de esta guerra, que en la actualidad arrasa varios continentes vendrá como es natural una paz, pero ella no ha de durar hasta la consumación de los siglos; otras contiendas vendrán luego, porque esa es la dura realidad, y entre mayores sean los adelantos de las naciones combatientes, mayores y más graves serán también las consecuencias.

No hay que soñar, como dice el doctor Restrepo, en que el país está ya marchando con paso firme por los caminos de la industria. Si echamos una ojeada a los boletines de las fábricas y contralorías colombianas, fácilmente podemos constatar que apenas estamos dando los primeros pasos en pro de ese desarrollo.

Ya en la parte final del artículo que vengo comentando, dice su autor que sólo podremos estar tranquilos cuando el progreso industrial se funde "en un estudio metódico de lo que tenemos y de lo que nos hace falta. Ninguna otra afirmación más exacta que ésta. Parece que desconociéramos o que nos olvidáramos por completo de las inagotables fuentes de energía que poseemos, así como también de muchas otras riquezas naturales como las que constituyen flora y fauna, las cuales si se explotaran en forma metódica reportarían ingentes beneficios.

No es exagerado afirmar que en casi todo el territorio de Colombia existen minas de carbón cuyo espesor mide en promedio, un metro con cuarenta centímetros y las cuales se encuentran a profundidades de veinte y cuarenta metros. Otros países, que en la actualidad lo explotan en grande escala, no gozan de tales beneficios; en Inglaterra las capas carboníferas, que no exceden de sesenta centímetros, se hallan a profundidades de seiscientos metros; cosa análoga ocurre en Francia y Alemania. Lo que es de lamentar es que, a pesar de lo expuesto y de ser tan fácil la explotación de ese mineral, estemos todavía importándolo.

Pero este problema de la explotación carbonífera comprende otros cuya solución no es menos urgente. La carencia de una flota mercante nos pondría en el penoso trance de tener que valernos de embarcaciones extranjeras para el transporte de lo que produjéramos, además de no tener el rendimiento justo.

Lo mismo que decimos del carbón podríamos decir del petróleo, cuyos yacimientos no ofrecen el temor de que se agoten pronto, como está ocurriendo con los de los Estados Unidos. En cuanto a caídas de agua (halla blanca), factor determinante en toda industria, las poseemos en gran abundancia a lo largo y ancho del país. Si esas corrientes las pusiéramos al servicio de centrales hidro-eléctricas tendríamos luz y energía para todas las poblaciones de Colombia.

Poseemos también y con extensión sorprendente, terrenos de una fertilidad incomparable, cuya variedad de climas se presta para cualquier clase de cultivos. ¿Qué hace falta? Que los capitales se vinculen y que el gobierno no vacile en nombrar comisiones permanentes encargadas de hacer el estudio de aquello que no tenemos y de aquello que nos hace falta. Intensificar también las campañas relacionadas con la instrucción del campesino y con el saneamiento de los lugares en que le toca vivir, pues de lo contrario nada estamos haciendo en pro de esa raza, una de las mayores esperanzas de Colombia. Debemos impulsar, a todo trance y hasta donde sea posible, nuestro desarrollo industrial, especialmente en lo que toca a cuestiones de primera necesidad, para que cuando suene la hora de las contiendas mundiales no estemos pensando en que al correr de poco tiempo tal o cual artículo va a agotarse con grave perjuicio de los habitantes.

Ya hemos palpado las funestas consecuencias de la actual guerra. La carencia de una fábrica de llantas ha repercutido en un costo exagerado de la vida. Que todo esto sea una enseñanza y una voz de alerta para los tiempos por venir. Que las contiendas venideras no nos sorprendan sin reservas; que para entonces ya tengamos fábricas que nos suministren las cosas más indispensables para una vida fácil.

Alonso LOZANO GUERRERO.

RIGOBERTO ECHEVERRI Y CARLOS MARIO LONDOÑO

Para dedicarse al ejercicio de su profesión, se ha retirado de la dirección de la biblioteca el doctor Rigoberto Echeverri. Por varios años y con voluntad y dedicación ejemplares, el doctor Echeverri sirvió en esta importante dependencia de la Universidad. Dotado de clarísimas virtudes, esforzado y tenaz, conocedor cabal de todos los problemas de organización bibliotecaria, fervoroso en los ideales bolivarianos, leal e inteligente, Rigoberto Echeverri cooperó al desarrollo de nuestra biblioteca en forma muy notable y perdurable. Ahora se va a su solar caldense, con el propósito de iniciar el ejercicio de su profesión de abogado y seguramente en este nuevo empeño tendrá muchos éxitos, pues a más de las virtudes que lo alumbran, posee una suma de conocimientos jurídicos y de vocación para estos ajetreos, que le hacen totalmente idóneo para tales disciplinas. Al despedirlo cordialmente de esta casa, le aseguramos el mantenimiento de nuestra amistad.

Para reemplazar al doctor Echeverri ha sido nombrado el señor Carlos Mario Londoño. Como secretario de la Facultad de Derecho, puesto en el cual le ha reemplazado ahora el señor Joaquín Pérez, joven intelectual e ilustrado profesor, Carlos Mario Londoño desempeñó una faena digna de loa. Su cultura, su seriedad,

Notas.

su ánimo de trabajo, su inteligencia y buena voluntad, son atributos que siempre lo han distinguido. Como escritor ya tiene asegurado un título en el periodismo y sus estudios jurídicos, algunos de los cuales ha publicado nuestra revista. indican mejor de lo que nosotros pudiéramos decirlo, la capacidad de asimilación y la sensata y certera comprensión que Carlos Mario Londoño tiene de todos los temas del derecho, así ellos sean los más complejos. Nos place saludar al nuevo director de la biblioteca.